



“adóro te devóte, latens deitas, te qui his formis vere látitas: tibi sur cor meum totum súbicít, qui te contéplans totum déficit”

ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 2- Nº 16 - Febrero de 2007



El próximo once de febrero, con motivo de celebrarse la fiesta litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, nos uniremos en oración a la Iglesia universal para celebrar la Jornada de Oración por los enfermos, dedicada este año a los enfermos de fase Terminal, sin duda alguna este tema podrá conducirnos hacia el descubrimiento profundo, de ver al Señor actuando con su manos sanadora en nuestra vida.

La experiencia de la enfermedad, pone nuestra vida muchas veces al borde de nuestros propios límites, la vivencia del sufrimiento, del dolor, de la angustia, son muestras evidentes de la debilidad y fragilidad de la misma, desarrollada muchas veces en medio de las más crudas realidades que generalmente dificultan y obstaculizan una mirada hacia un horizonte más próspero y comprometedor.

En medio de la profunda oscuridad de la enfermedad experimentamos lo limitados y vulnerables que somos frente a un poder superior que nos supera y nos oprime; el sufrimiento nos marca, toca nuestra más íntima sensibilidad, pone como lo dice el salmista nuestra *“vida contra el suelo”* (cfr. Sal 142), y es allí donde solemos reconocer los pequeños y finitos que somos como criaturas.

Y es esta situación la que nos increpa y nos hace dudar de la existencia de un Dios cercano; es precisamente aquí cuando nuestros enemigos se levantan a preguntarnos *“¿Dónde está tu Dios?”* (cfr. Sal 42, 11). ¿Cómo puede ser Dios indiferente al sufrimiento?, ¿Cómo se puede creer en medio de tanta angustia? ¿Cómo esperar en Él, cuando se cansa nuestra pobre alma de gemir y pedir la salud?

Todas estas interrogantes nacidas del corazón sufriente encuentran precisamente eco en la Oración y suplica de Jesús. Él que asumiendo nuestra condición humana, menos en el pecado, ha cargado sobre sí nuestras dolencias; conoce todo nuestro ser, nuestros dolores, nuestras angustias, nuestros sufrimientos, y nuestros más profundos deseos.

Cristo se ha entregado en la cruz y se ha asociado inclusive a nuestro dolor; con su grito: *“Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?”* (cfr. Mt 27,46), sus palabras han agrupado y reunido el grito de desesperación de todos los hombres, de cualquier época o condición. Con su voz, se ha hecho nuestra voz, con su sufrimiento ha transformado el nuestro, con su muerte en la Cruz ha vencido nuestra muerte, y nos ha engendrado para una nueva Vida.

Por eso podemos aplicarnos las palabras del Profeta Isaías con las que hemos iniciado; por la fatiga de su alma, hemos visto la luz, luz que nos hace vencer nuestra propia tiniebla, nuestra propia miseria y vulnerabilidad humana. Por las fatigas de su alma, en verdad nos hemos saciado, de los bienes eternos que ha traído para nosotros, nos hemos saciados de los dones de su Templo, que es su Iglesia peregrina en este mundo.

Y es este el anuncio de la Iglesia en estos días: *“Que Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor. Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos.* (cfr. Rom 14,9).





“adóro te devóte, latens deitas, te qui his formis vere látitas: tibi sur cor meum totum súbicít, qui te contémpans totum déficit”

ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 2- Nº 16 - Febrero de 2007

Hoy más que nunca podemos hacer nuestro el canto del Siervo de Yahvé por que en verdad: *eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba. Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus llagas hemos sido curados. (cfr. Is 53, 6).*

Que en estos días todas nuestras acciones se orienten al anuncio de esta Noticia, que con nuestra suplica silenciosa acompañemos a tantos hermanos nuestros que sufren el flagelo del dolor y la enfermedad.

Pero que sobre todas las cosas podamos descubrir la mano sanadora del Señor resucitado, y hagamos nuestras las palabras de san Bernardo: *“¿Dónde podrá hallar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con seguridad, sabiendo que él puede salvarme. Grita el mundo, me oprime el cuerpo, el diablo me pone asechanzas, pero yo no caigo, porque estoy cimentado sobre piedra firme. Si cometo un gran pecado, me remorderá mi conciencia, pero no perderé la paz, porque me acordaré de las llagas del Señor. Él, en efecto, fue traspasado por nuestras rebeliones. ¿Qué hay tan mortífero que no haya sido destruido por la muerte de Cristo? Por esto, si me acuerdo que tengo a mano un remedio tan poderoso y eficaz, ya no me atemoriza ninguna dolencia, por maligna que sea. “(Del Libro Sobre el Cantar de los cantares, sermón 63).*

Amén.



VERBUM DOMINI

Yahveh, escucha mi oración, presta oído a mis súplicas, por tu lealtad respóndeme, por tu justicia; no entres en juicio con tu siervo, pues no es justo ante ti ningún viviente.

Persigue mi alma el enemigo, mi vida estrella contra el suelo; me hace morar en las tinieblas, como los que han muerto para siempre; se apaga en mí el aliento, mi corazón dentro de mí enmudece.

¡Oh, pronto, respóndeme, Yahveh, el aliento me falta; no escondas lejos de mí tu rostro, pues sería yo como los que bajan a la fosa!

Haz que sienta tu amor a la mañana, porque confío en ti; hazme saber el camino a seguir, porque hacia ti levanto mi alma.

Por tu nombre, Yahveh, dame la vida, por tu justicia saca mi alma de la angustia; por tu amor aniquila a mis enemigos, pierde a todos los que oprimen mi alma, porque yo soy tu servidor. (Salmo 142)



VOX SUMMI PONTÍFICIS

Ahora me dirijo a vosotros, queridos hermanos y hermanas que sufrís enfermedades incurables y terminales. Os animo a contemplar los sufrimientos de Cristo crucificado, y, en unión con él, a dirigiros al Padre con plena confianza en que toda vida, y la vuestra en particular, está en sus manos. Confíad en que vuestros sufrimientos, unidos a los de Cristo, resultarán fecundos para las necesidades de la Iglesia y del mundo.

Pido al Señor que fortalezca vuestra fe en su amor, especialmente durante estas pruebas que estáis afrontando.





“adóro te devóte, latens deitas, te qui his formis vere látitas: tibi sur cor meum totum súbicít, qui te contéplans totum déficit”

ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 2- Nº 16 - Febrero de 2007

Espero que, dondequiera que estéis, encontréis siempre el aliento y la fuerza espiritual necesarios para alimentar vuestra fe y acercaros más al Padre de la vida. A través de sus sacerdotes y de sus agentes pastorales, la Iglesia desea asistirlos y estar a vuestro lado, ayudándoos en la hora de la necesidad, haciendo presente así la misericordia amorosa de Cristo hacia los que sufren.

Por último, pido a las comunidades eclesiales en todo el mundo, y particularmente a las que se dedican al servicio de los enfermos, que, con la ayuda de María, Salus infirmorum, sigan dando un testimonio eficaz de la solicitud amorosa de Dios, nuestro Padre.

Que la santísima Virgen María, nuestra Madre, conforte a los que están enfermos y sostenga a todos los que han consagrado su vida, como buenos samaritanos, a curar las heridas físicas y espirituales de quienes sufren. Unido a cada uno de vosotros con el pensamiento y la oración, os imparto de corazón mi bendición apostólica como prenda de fortaleza y paz en el Señor. (Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Jornada Mundial del Enfermo 2007)



Meditemos en esta oportunidad, queridos hermanos, una de las figuras más singulares de nuestra Iglesia, el apóstol San Pablo, cuya conmemoración celebramos dos veces en el año litúrgico; la primera es el veinticinco de enero con la Fiesta de su conversión y la segunda el veintinueve de junio unido al apóstol San Pedro, con la finalidad de contemplar la experiencia del Mesías en las dos columnas en donde se erige la fe de la Iglesia en Jesús el Dios Viviente.

Pero dejemos que sea él mismo quien nos comente como fue su experiencia con Jesús Resucitado, y como este acontecimiento iluminó de forma esencial su predicación.

“Yo soy judío, - nos dice Pablo - nací en Tarso de Cilicia, pero me crié en esta ciudad; fui alumno de Gamaliel y aprendí hasta el último detalle de la Ley de nuestros padres. Yo perseguí a muerte este nuevo camino, metiendo en la cárcel, encadenados, a hombres y mujeres; y son testigos de esto el mismo sumo sacerdote y todos los ancianos. Ellos me dieron cartas para los hermanos de Damasco, y fui allí para traerme presos a Jerusalén a los que encontrase, para que los castigaran.

Pero en el viaje, cerca ya de Damasco, hacia mediodía, de repente una gran luz del cielo me envolvió con su resplandor, caí por tierra y oí una voz que me decía:

Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?, Yo pregunté: ¿Quién eres, Señor?

Me respondió: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues.

Mis compañeros vieron el resplandor, pero no comprendieron lo que decía la voz.

Yo pregunté: ¿Qué debo hacer, Señor? El Señor me respondió: Levántate, sigue hasta Damasco, y allí te dirán lo que tienes que hacer.

Como yo no veía, cegado por el resplandor de aquella luz, mis compañeros me llevaron de la mano a Damasco. Un cierto Ananías, devoto de la Ley, recomendado por todos los judíos de la ciudad, vino a verme, se puso a mi lado y me dijo: Saulo, hermano, recobra la vista. E Inmediatamente recobré la vista y lo vi”. (Hechos 22, 3-15)

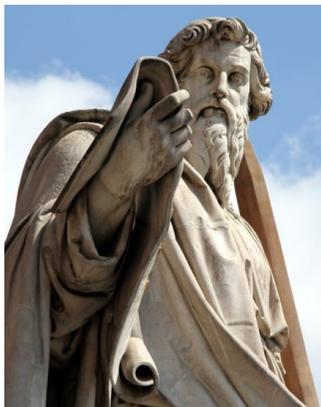




ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 2- Nº 16 - Febrero de 2007

Con estas palabras el apóstol resume de forma muy detallada como fue su encuentro con el Maestro Resucitado, de lo cual comenzarían un sin fin de acontecimientos en la Vida de Saulo y el difícil camino que emprendió para poder ser incorporado plenamente en la vida de aquellas primeras comunidades cristianas.



Es entonces cuando, después de un largo periodo de tiempo, y luego de haber sido educado en la fe y confirmado por los mismos apóstoles, emprende el sendero de la evangelización y la predicación a todos los confines de la tierra. Sintiendo dentro de sí el anhelo profundo de acercar a otros a Jesús. (Cf. 1 Cor. 9, 16)

Precisamente en este punto es donde muchos podrían afirmar que el centro de la Predicación de Pablo, era el misterio Pascual de Jesús, es decir, su muerte y resurrección, y sin duda alguna fue así; sin embargo esta experiencia pascual, es vivida en la Iglesia con la renovación constante de del sacrificio pascual en un sacramento concreto, el Sacramento de la Eucaristía, como prenda de nuestra Pascua Eterna, como resquicio del Cielo, y como alimento espiritual para todos los hombres que peregrinos por este Mundo son confirmados en la fe y en la Caridad. Fue ciertamente Pablo quien recoge el primer testimonio Eucarístico en la carta a los corintios, y a pesar de esto podríamos preguntarnos ¿Qué significa realmente para San Pablo recibir el Cuerpo del Señor? (Cf. 1 Cor 11, 23)

Entramos así con esta pregunta a una visión mucho más vivencial que antropológica, pues para el santo apóstol; recibir el cuerpo del Señor, nos es más que unirse enteramente a él, vaciándose completamente en la persona de Jesús, teniendo sus mismos sentimientos (Cf. Flp 2,1-11) para poder decir con toda esperanza que todo viene de Dios, como él mismo nos dice “-no vivo yo es Cristo quien vive en mí - , la vida que vivo en el presente la vivo de la Fe en el Hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí” (Gal 2,20)

Es poder transfigurarse con el maestro, como lo menciona el Card. María Martini en su libro “*Las Confesiones de San Pablo*”, irradiando continuamente un resplandor interior que no viene de fuerzas humanas, sino de Dios, llevando en su carne mortal el morir de Cristo Jesús. (Cf. 2 Cor 4,7)

El Santo Padre Benedicto XVI nos enseña como San Pablo fue configurándose cada vez más con Jesús a través de su testimonio en la carta los Gálatas en donde podríamos afirmar con toda seguridad que se manifiesta el *vivir eucarísticamente* del apóstol uniéndose plenamente a su Señor.

«Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (2, 20). Vivo, pero ya no soy yo. El yo mismo, la identidad esencial del hombre -de este hombre, Pablo- ha cambiado. Él todavía existe y ya no existe. Ha atravesado un «no» y sigue encontrándose en este «no»: Yo, pero «no» más yo. Con estas palabras, Pablo no describe una experiencia mística cualquiera, que tal vez podía habersele concedido y, si acaso, podría interesarnos desde el punto de vista histórico. No, esta frase es la expresión de lo que ha ocurrido en el Bautismo. Se me quita el propio yo y es insertado en un nuevo sujeto más grande. Así, pues, está de nuevo mi yo, pero precisamente transformado, bruñido, abierto por la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia. Pero, ¿qué sucede entonces con nosotros? Vosotros habéis llegado a ser uno en Cristo, responde Pablo (cf. Ga 3, 28). No sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo. Esta liberación de nuestro yo de su aislamiento, este encontrarse en un nuevo sujeto es un encontrarse en la inmensidad de Dios y ser trasladados a una vida que ha salido ahora ya del contexto del «morir y devenir». (Homilía del Papa Benedicto en la Vigilia Pascual 2006)



Pidamos entonces que a través del sacramento eucarístico podamos transformarnos en Él y como Pablo nuestra vida se convierta en una ofrenda continua como una hostia viva, y santa, agradable a Dios. (Cf. Rom 12,1). Que así sea.